La música del cielo

Posted on 1 de diciembre de 2009 by Luis Robledo Estaire

Joscelyn Godwin es una autoridad entre los estudiosos que abordan la música en su vertiente especulativa, metafísica, esotérica, mágica, etc. Su conocimiento profundo de las fuentes y su capacidad exegética han sido plasmados en diferentes publicaciones a lo largo de treinta años. En 1987 publicó *Harmonies of Heaven and Earth. The Spiritual Dimension of Music from Antiquity to the Avant-Garde* (Rochester, Inner Traditions International), que fue traducido años más tarde al castellano. Una sección entera de este libro está dedicada a explicar con admirable claridad las diferentes correspondencias que se han propuesto entre los sistemas musicales y el mundo planetario, exponiendo las diversas tradiciones originadas por las distintas lecturas de las fuentes clásicas y sus derivaciones en tiempos modernos, todo lo cual está estrechamente relacionado con el hilo conductor del libro que ahora comentamos. El año anterior había publicado Music, *Mysticism and Magic. A Sourcebook* (Londres y Nueva York, Routledge & Kegan Paul), una antología de textos desde Platón hasta Karlheinz Stockhausen a través de los cuales recorría el proceso histórico que ha imbricado la música en diferentes sistemas filosóficos o en experiencias individuales que intentan transcender lo meramente audible para elevarse a un nivel superior de conciencia. Pues bien, *Armonía de las esferas* es otra antología de textos rigurosamente complementaria de la anterior, porque incluye autores nuevos y porque, cuando echa mano de autores y obras ya extractadas en la anterior, evita sistemáticamente repetir pasajes, ofreciendo, según los casos, fragmentos anteriores o posteriores a los que ya estaban publicados; de manera que, en algunos casos, aquí encontramos la introducción o la conclusión de lo que ya habíamos leído en su anterior trabajo. En vista de lo cual es casi obligado sugerir que sería utilísimo disponer de la traducción al castellano de *Music, Mysticism and Magic*.

El punto de partida de la antología es el pasaje del *Timeo* de Platón en que se narra la creación del alma del mundo, verdadero texto fundacional de la tradición que recrea Godwin, una de las más persistentes en la cultura occidental y en la que la música se constituye en origen mismo de la existencia. En él, Platón, asumiendo la tradición pitagórica, narra cómo el demiurgo creó el Universo a partir de proporciones aritmético-musicales, esto es, diferentes intervalos musicales que son, a la vez que origen, garantes del orden cósmico, sostén de la armonía universal. Las operaciones que hace Platón establecen que el universo es en sí mismo música, una música de orden superior que rige la armonía interior del ser humano y que debe informar la práctica musical real, sonora, realizada con la voz o con los instrumentos. Esta relación dual, el fundamento musical del cosmos y el fundamento cósmico

de la música, es la que aparece variada, amplificada o transfigurada a lo largo de la historia. Al margen de consideraciones de orden metafísico, el pasaje comentado tiene el valor para la historia de la cultura y de la música de ser el primero en describir de forma detallada, al menos en Occidente, una escala musical, la del sistema de entonación pitagórico, sistema que estaría vigente hasta finales del siglo XV. Es necesario recordar que existe otro pasaje fundacional de esta tradición pitagórico-platónica, complementario del anterior, también debido a Platón; se trata de la leyenda de Er incluida en su *República*, donde asistimos al concierto de los cuerpos celestes en su incesante girar, lo que se ha llamado «música de las esferas», o «armonía de las esferas», denominación que da título a este libro (el pasaje en cuestión está recogido por Godwin en *Music, Mysticism and Magic*). La doble asunción de que el Universo es música y hace música, de ascendencia pitagórica, aparece explícita por vez primera en estos dos pasajes platónicos, y ha dado lugar a toda suerte de especulaciones y recreaciones. Hay que recordar aquí el trabajo magnífico, pionero, del musicólogo James Haar que ofreció una historia de la evolución de esta tradición en su tesis doctoral *Musica mundana: Variations on a Pythagorean Theme* (Cambridge, Harvard University Press, 1960).

El libro se articula en cinco grandes secciones correspondientes a sendos períodos históricos: Antigüedad, Medievo, Renacimiento, Barroco e Ilustración y Romanticismo (generosa esta última, porque incluye cuatro textos del siglo XX). En total son cuarenta y ocho textos de otros tantos autores, precedido cada uno por una introducción de Godwin que expone lo sustancial del pensamiento del autor y posibilita su comprensión. Como complemento, se han añadido numerosas ilustraciones en blanco y negro diseminadas por las páginas del volumen (aparte de las que forman parte de cada fragmento), más dieciséis láminas en color al principio, todo lo cual hace que sea muy agradable su manejo. Resulta fascinante asistir al despliegue de imaginación que ha producido a lo largo de los siglos unos sistemas de correspondencias entre el mundo de los sonidos y el conocimiento de la naturaleza que van de lo lúcido a lo extravagante, pasando por lo abstruso, lo ingenioso o lo caprichoso, siempre dentro del pensar místico-analógico que ve en el mundo de lo contingente signos para captar un orden suprasensible. Así, Censorino (siglo III) establece una relación entre el proceso de gestación del feto, los aspectos astrológicos y las proporciones musicales. En otro orden de cosas, de la visión de Platón en la leyenda de Er y del trasunto de la misma llevado a cabo por Cicerón en el sueño de Escipión de su propia *República*, salieron diferentes escalas y sistemas musicales que irían exponiendo en la Antigüedad, sucesivamente, Plinio el Viejo, Nicómaco de Gerasa, Teón de Esmirna, Ptolomeo y Boecio, cuyos textos podemos ver aquí recogidos.

La sección del Medievo comienza con una selección de los escritos más antiguos conocidos sobre música en el entorno de la cultura islámica, debidos a Hunayn, un médico cristiano al

servicio del califa de Bagdad en el siglo IX. Se trata de una serie de máximas que recogen la tradición grecorromana con el lenguaje poético de la cultura persa. Entre otros testimonios de la cultura islámica, podríamos destacar el discurso sobre las cuatro cuerdas del laúd de los escritos de los Hermanos de la Pureza. En este apartado podemos ver también la originalísima teoría de la música celeste de Escoto Eriúgena, basada en su sistema astronómico, no menos original, una mezcla de los sistemas geocéntrico y heliocéntrico. Una página excepcional lo constituye la composición musical anónima del siglo XII que va describiendo la correspondencia entre los planetas y las notas de la escala mediante un ascenso gradual que, a la vez, recorre el ámbito completo de los ocho modos eclesiásticos. Hubiera sido deseable ver reproducida dicha composición, y no sólo el texto, quizá la primera música práctica surgida de tal correspondencia (James Haar la transcribió en su tesis mencionada, *Musica mundana*).

En 1482, Bartolomé Ramos de Pareja asestó un duro golpe al pitagorismo al proponer los intervalos de la justa entonación como integrantes de la escala, en vez de los del sistema pitagórico, lo que tendría consecuencias irreversibles en la música práctica. Paradójicamente, esto no afectó a la dimensión mágico-especulativa de la tradición pitagórico-platónica, ya que ésta resurgió con nueva fuerza desde los albores del Renacimiento, convirtiéndose en uno de los ejes del pensamiento humanista. El mismo Ramos contribuyó decisivamente a ello con otra innovación: la mención explícita de un carácter o afecto particular para cada uno de los modos eclesiásticos en función del carácter de los planetas asignados a ellos (este es el pasaje aquí reproducido). El principal impulsor de este resurgimiento fue Marsilio Ficino, representado en esta antología por su carta a Domenico Benivieni. Por su parte, el franciscano Francesco Giorgi nos muestra el grado que alcanzó en esta época el sistema de correspondencias analógicas como hermenéutica de una visión global del mundo y sus criaturas en la conciliación que lleva a cabo entre platonismo y cábala hebrea para explicar la armonía cósmica y la armonía interna del alma.

El siglo XVII marca un punto de inflexión en la significación que la tradición pitagórico-platónica va a asumir en la cultura occidental. En él asistimos a una tensión subyacente entre dicha tradición y la recién inaugurada ciencia moderna, aunque no podía ser percibida como tal por sus protagonistas. Así, figuras angulares en el establecimiento del pensamiento científico como Johannes Kepler e Isaac Newton fueron pitagóricos convencidos y llevaron a cabo muchos de sus descubrimientos desde la asunción de aquella tradición milenaria. Del primero se ofrecen los textos fundamentales con los que intentó dar cuenta de la estructura musical del cosmos basada en los poliedros platónicos, además de un particular canto de los planetas completamente novedoso nacido de sus descubrimientos sobre las órbitas elípticas. Del segundo podemos leer un breve texto en el que reivindica la figura científico-musical de

Pitágoras. Por otra parte, tenemos figuras que no llegaron a articular un pensamiento verdaderamente científico, o sólo a medias, y se mantuvieron anclados en lo esencial en un pensamiento simbólico. Es el caso de Robert Fludd, del que podemos leer su explicación de las armonías cósmica y microcósmica (por ej., del ser humano), y de Athanasius Kircher, cuya erudición asombrosa y fantasía hacen de él un personaje fundamental para entender lo que significó el intento de restablecer un saber universal de corte tradicional en las nuevas coordenadas establecidas por la ciencia positiva. La inercia de la cosmogonía pitagórico-platónica puede verse en el texto seleccionado de Andreas Werckmeister, cuya contribución a los sistemas de afinación le han granjeado un merecido acceso a la historia de la música.

La brecha abierta por la revolución científica relegó la especulación musical de tradición pitagórica a un lugar residual, marginal, dentro del pensamiento de Occidente, sobre todo a partir de la Ilustración. Lejos de ocupar un lugar central en él, como antaño, se vio confinada a manifestaciones extemporáneas, con ninguna o escasa influencia sobre la dinámica social y cultural. No por ello desapareció, como podemos comprobar en los doce últimos autores seleccionados, que muestran cómo la infatigable fantasía humana es capaz de urdir sistemas tan complejos como los de Albert von Thimus o Saint-Yves d'Alveydre (el autor de *El arqueómetro*), sin olvidar la sorprendente propuesta de Charles Fourier (uno de los que la arrogancia marxista tildó de «socialistas utópicos») de que el ser humano es un teclado pasional de treinta y dos teclas, o el intento de Rudolf Haase de completar con los descubrimientos científicos modernos (1971) la cosmología musical de Kepler.

Un *caveat* final: antes de entrar en la antología que constituye el corpus central de este libro, el lector desprevenido se encontrará con una introducción de Godwin que declara su intención última. Ésta se cifra en que la modernidad está atrapada por la ciencia («Donde en un tiempo se abrían las puertas de los cielos, se encuentran ahora los agujeros negros, dispuestos a tragarlo todo en el olvido. […] Y el canto o la palabra creadora de Dios se reduce a un *big bang* mitológico que ni siquiera los científicos comprenden»), en que vivimos en un «sucio y desordenado planeta» y en la siguiente conclusión: «esto apoya la hipótesis actual del *diseño inteligente*». Es decir, el libro se presenta como una invitación a la superstición religiosa más reaccionaria encubierta por una historicidad distorsionada. En las introducciones a los textos que siguen, Godwin alude a «nuestra doctrina» (léase «la doctrina secreta») y a la «filosofía perenne». Sabemos cuál es el origen de ambas. Es tan viejo, y tan cercano a la vez, como el movimiento teosófico que madame Blavatsky alumbró en la segunda mitad del siglo XIX, en un momento crítico de la cultura occidental, que aprovechó, entre otros, el vehículo de la estética simbolista de las correspondencias. Así que, desde el principio, el caudal de conocimientos de Godwin, amplio y profundo, se halla puesto al servicio de un programa sectario de carácter redentorista, y los autores extractados quedan

reducidos a una falange celosa por preservar y transmitir la idea decimonónica de la «filosofía perenne». Pero las especulaciones aquí reunidas son avatares del pensamiento humano, de ninguna manera testimonios de una sabiduría transmitida por los guardianes de la verdad universal, porque ésta no existe sino desgranada en infinitas verdades disímiles, contradictorias, irreductibles al estatismo del dogma. La tradición en que se enmarcan todos estos pensadores es tan solo una de las muchas que han alumbrado las diferentes civilizaciones: tradición fértil, desde luego, hermosa, esclarecedora de un anhelo compartido por muchos, pero no la única ni necesariamente la más cercana al misterio de la existencia.

Autor: Joscelyn Godwin (ed.)

Edicion: Atalanta, Girona

Paginas: 632 pp.

Precio: 49,50 €

Titulo: ARMONÍA DE LAS ESFERAS. UN LIBRO DE CONSULTA SOBRE LA TRADICIÓN PITAGÓRICA EN LA MÚSICA